

15.2/284

1-244

1

Industria y política.

("Las Noticias", Barcelona, 15 julio 1900)

Industria y política



Decía una vez el famoso melodramaturgo francés D'Ennery, que no se explicaba los ataques que los jóvenes le dirigian porque ganaba mucho dinero escribiendo dramas lacrimosos faltos de valor literario.

«Todo tiene su compensación—venía á decir—ellos buscan la gloria, yo la fortuna; cada uno va á lo suyo. ¿Les disputo, acaso, yo la gloria? ¡No! Pues entonces, ¿por qué me atacan si me favorece la fortuna? Yo no pasaré á la posteridad como un gran dramaturgo, no les haré sombra, les dejaré más anenos en los Campos Eliseos que si allí luiese; ¿por qué me atacan? Esos mozos son insaciables é injustos, no les basta la gloria, quieren además la fortuna. ¡Y amigo, ó la una ó la otra!»

Esto puede aplicarse á los industriales que se quejan de los políticos, y hasta á los políticos que se quejan de los industriales, aunque esto es más raro.

Las clases mercantiles é industriales no hacen más que quejarse de los políticos, y así que intentan un pinito en la política, ya está el canchero de ésta, nuestro gran *apolítico*, el supremo *mafioso*, Romero Robledo, en fin, protestando.

No he conocido hombre público—*rame-ro*, vamos al decir,—más penetrado del principio de la división del trabajo y más celoso de los prestigios de la clase. Su divisa parece ser: la política para los políticos. Así que se le ataca, ya está él en la palestra arrogándose la representación de la clase. Y vale más esto que no el que intenta coronar á Campoamor. Porque esto de Romero Robledo coronando á Campoamor, resulta tan chusco como Mazzantini discursando en pro de la candidatura de Peral para diputado á Cortes. Pero dejemos á nuestro gran *mafioso*, al héroe representativo de la España que se va.

En los grandes centros industriales, la política es considerada como algo subalterno; hasta se la desdena. Considérase al Gobierno no más que como un poder arancelario, y los diputados á Cortes meros agentes de negocios. Y de aquí resulta que no representan apenas papel en la política, y que luego se quejan sin razón.



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOUSALES

Me concreto á Vizcaya, que por ser mi provincia es la que mejor conozco; en ella nací, en ella me crié y viví hasta mis 26 años, á ella he ido después durante las vacaciones del estío. Pues bien, hace mucho tiempo que Vizcaya no ha tenido representantes en Cortes que hagan verdadero papel político. La mayor parte son grandes mineros ó grandes industriales, que por lo general no saben hablar y no pocos ni discutir tampoco. No dudo que para labrarse un gran capital sea preciso algunas veces tener talento y energía de carácter, pero es indudable que el talento y la energía que hacen á un industrial, no son los que hacen á un minero y es no menos indudable que para ser hijo de millonario no hace falta talento ni energía alguna.

Se me dirá que los políticos meten en la política á sus hijos, y que las condiciones de político no se heredan; se me argüirá con el nepotismo y la yernocracia de los políticos de oficio; pero hay que reconocer que en igualdad de condiciones ha de ser más apto para la política el hijo de un político, nacido y criado en ella, y que la ha respirado por sus poros todos, que no el hijo de un gran industrial. «En igualdad de condiciones» digo, y es decir mucho. Tenemos aquí lo que los aristócratas dicen, que es más genuinamente noble el nieto de un bárbaro á quien por cualquier hazaña guerrera le hicieron duque, que el bárbaro mismo á quien le dieron tal título. Y algo y aun algos hay de verdad en esto.

Bien está que los industriales influyan en la política, pero desde fuera, porque meterse en ella es meterse en la boca del lobo. Vanse al salón de conferencias y les capean y les dan el quiebro si no andan con tieno.

Volviendo á Vizcaya, donde, como es sabido, se compran las actas á un alto sueldo, que puede llegar á 150,000 duros y aun pasar, es una provincia huérfana de verdadera representación. El diputado de la capital, de Bilbao, un gran minero y naviero, no pisa el Congreso, y los demás como si no lo pisasen. De cuando en cuando se reúnen, agréganseles representantes de estas ó las otras sociedades, y van todos en pandilla, como unos verdaderos isidros, con sus flamantes levitas—prendas que en Bilbao casi nadie usa—á ver á éste ó el otro ministro, y á sacar tajada. Y así sale ello.

¿Es la función de político algo diferenciable, algo que entra en la división del trabajo, ó ha de ser político todo ciudadano, como creían los griegos? Que se lo pregunten á nuestro inconmensurable Romero Robledo.

Miguel de Unamuno

